

JOHANN JAKOB BACHOFEN



el **MATRIARCADO**

XXVIII · HERACLES

OTRAS LITERATURAS

EL MATRIARCADO

Johann Jakob Bachofen

Libro VI · § 125

XXVIII · HERACLES

Traducción del alemán de la editorial

Otras Literaturas

§ 125

Heracles y las moscas de Olimpia

El grado de la masculinidad que se destaca en exclusiva en Pélope es el telúrico, el que engendra fálicamente, el que con el poseidónico une también la fuerza hefáística (Tzet. *Lic.* 156: [†]; cf. Paus. 5, 14, 5; 9, 40, 6), **y es pensado bajo el símbolo de la espada que hiere** (P. 6, 19, 3), como en el mito del pelópida Teseo (Plut. *Thes.* 2; Paus. 1, 41, 5; 5, 10, 2), en el culto del Apolo tarsio (Plut. *Def. Or.* 41; cf. P. 9, 19, 2), en el de Deméter (Tzet. *Lic.* 153) y en especial en la saga del eleo Melampo, en la de Memnón (P. 3, 3, 6) y en la de Peleo (Escol. *Pínd. N.* 4, 94, 7). **En este grado la paternidad lleva un carácter del todo material, que la une de manera indisoluble a la mujer. Está por eso del todo en el espíritu de este sistema que en Elis no sólo los héroes, sino junto a ellos también sus esposas, reciban honra divina** (P. 5, 15, 7; cf. 5, 4, 1; 6, 25, 3; 3, 15, 1; 4, 28, 3; cf. *C. Inscr. Gr.* 3, 4252); **que en una variante muy difundida de la saga la inserción del hombro de marfil se remonte no a Hermes sino a Rea o a la Deméter que se destaca dominante en el sistema samotracio** (Escol. *Pínd. Ol.* 1, 37; Higino *f.* 83; Servio *G.* 3, 7) **y que en Filóstrato** *Im.* 1, 30 **sea asignada al hombro izquierdo; que en los monumentos aparezca junto a Pélope su esposa, unida a él de la manera más íntima** (Paus. 5, 10, 2; 5, 17, 4; Bachofen, *G. S.*, lám. 4; Filóstr. *Imagg.* 1, 17; Winkelmann, *M. ined.* 117; Millin, *Galerie mythologique* 133; Escol. *Apol.* 1, 754), **y sobre todo que el oráculo ordenara traer los huesos de Hipodamía desde Midea a Olimpia** (P. 6, 20, 4). Este último mito es digno de atención porque anuda a Pélope y a su hijo Crisipo —nacido de otra madre— el primer intento de liberarse de la

unión femenina. Pero esa meta no era alcanzable para el grado pelópico-aqueo: según él, Hipodamía es para el bien de la tierra no menos importante que Pélope.

En este punto se anuda entonces Heracles el Anfitriónida, que en la cuarta generación desciende él mismo de Pélope (Paus. 5, 13, 1), consumando. Separado de toda unión femenina, toma desde su casa una posición hostil frente a los eleos que rinden homenaje a la maternidad. Pero incapaz de imponer su principio frente a ellos, logra ahora llevar a término lo que Pélope había preparado. Al héroe aqueo consagra veneración divina; a él le celebra los juegos olímpicos, como antes Pélope mismo a Enómao (Escol. Pínd. 1, 149; Paus. 5, 8, 1; 5, 13, 1; Flegón en *Fr. h. gr.* 3, 360). De eso resulta con claridad la relación del Anfitriónida con el Tantálida. Más alto que Pélope, Heracles es a la vez su consumidor y su vencedor. Se lo nombra ahora en lugar del aqueo como fundador de los Olímpicos, y en tiempos de Licurgo fue elevado por Ifito al reconocimiento general en toda Elis (P. 5, 4, 4; Tzetz. *Lic.* 41). Las costumbres sacrificiales de los juegos son obra suya (Escol. Pínd. *Ol.* 6, 105 y 111, pp. 144-145 Boeckh). A él remonta el Heraclida Fidón sus pretensiones de celebrar los Olímpicos (Estrab. 8, 358). De él viene el olivo silvestre con cuyas ramas se corona al vencedor (P. 5, 7, 4); de él, el álamo blanco, cuya madera es la única que puede emplearse para los sacrificios (Paus. 5, 7, 4; 5, 14, 2-3); de él está erigido el altar de Zeus (5, 13, 5); a él se remontan también un tesoro, la muerte de Saumio, las instituciones atléticas, la ofrenda para mantener lejos las moscas, la consagración de los huesos de Gerión guardados en Olimpia y la gloria de los Yamidas apolíneos (Pínd. *Ol.* 6, 118 ss.) (Paus. 6, 21, 3; 5, 8, 1; 5, 14, 2 y 7; Plin. 7,

205; 16, 240; Filóstr. *Her.* p. 8).

Con el principio heracleo concuerda el trato que se da a las mujeres en los juegos olímpicos. Encontramos sobre eso los siguientes datos. Según Pausan. 5, 6, 5, está prohibido a las mujeres atravesar el Alfeo en tiempo de los Olímpicos y mirar la celebración. Las desobedientes son despeñadas desde la roca tipaica. Henandro [†] en Walz, *Rhet. Gr.* 9, p. 205: [†]. Pausanias da en 6, 20, 6 la explicación más precisa de que la prohibición afecta sólo a las mujeres casadas, y no a las muchachas. Pero aun de aquéllas queda exceptuada una: la sacerdotisa de Deméter [†] —Camina—, la que, sentada sobre la piedra blanca de la diosa, mira los juegos; sobre Deméter Camina y su significado, que corresponde a la Ceres plebeya, Paus. 6, 21, 1. Sobre su matrimonio, cf. Paus. 2, 14, 1.

Eliano, *H. A.* 5, 17 y 11, 8, junta con la expulsión de las matronas la de las moscas. Más aún, añade, las moscas se muestran incluso más continentes que las mujeres; pues éstas siguen la ley de castidad de la fiesta ([†]), y aquéllas su propio impulso. Terminada la fiesta, vuelven entonces del destierro junto con las mujeres. En el promontorio ático se muestra en tiempo de la fiesta apolínea un fenómeno semejante. Pero las moscas olímpicas, prosigue Eliano, merecen mayor elogio que las de Accio. Las últimas, en efecto, sólo se retiran después de haberse saciado con la sangre de un buey sacrificado en su honor; las olímpicas, sin tal recompensa, por puro respeto de la majestad divina. En este último punto se apartan Plin. 29, 107; 10, 75 y Pausan. 5, 14, 2 de Eliano, pues hacen depender también para Olimpia la fuga de las moscas de la presentación de un sacrificio de buey. **Cuando Heracles, el hijo de Alcmena, así dice**

la saga elea, cumplía su sacrificio en Olimpia, para librarse de la molestia de las moscas hizo traer una ofrenda a Zeus [†] —el que las aparta—, sea por impulso propio, sea por consejo de otros, y forzó así a los animales a retirarse al otro lado del Alfeo. Desde su ejemplo observaron los eleos desde entonces lo mismo.

Otros testimonios informan de mujeres singulares que, contra la prohibición, asistieron impunes a los Olímpicos, o incluso obtuvieron premios de victoria con sus propios carros. Pausanias 5, 6, 5 cuenta el hecho de la rodia Calipatira o Ferenice, que llevó a su hijo Pisídoro a Olimpia, tomó asiento vestida de gimnasta entre los maestros, y luego, echándose de encima el vestido engañoso, corrió al encuentro de su hijo vencedor. El castigo le fue perdonado, por ser hija, hermana y madre de vencedores olímpicos; pero a la vez se ordenó que en adelante también los gimnastas aparecieran desnudos en los juegos (Paus. 6, 7, 1; Eliano, V. H. 10, 1 da el nombre Ferenice; igualmente Val. Máx. 9, 1, Ext. 4; Plin. 7, 41).

Sobre las mujeres que participaban en los juegos olímpicos con sus propios carros habla Pausanias 3, 8, 1: «Arquídamo, el rey espartano, tenía también una hija, Cínisca de nombre, que volvió su ambición en especial hacia los juegos olímpicos; fue la primera entre todas las mujeres en criar caballos, y la primera también en obtener la corona olímpica de la victoria. Más tarde la ganaron otras, y sobre todo macedonias; pero la victoria de Cínisca fue la más espléndida.» Entre las macedonias se destaca Belística (Paus. 5, 8, 3). A ellas podemos contar también a la reina egipcia Beronice, la hija de Magas de Cirene, como ciertamente Ptolomeo, el hijo de Lago, se llamaba

macedonio en las imágenes votivas olímpicas (P. 6, 3, 1; 10, 7, 3). Sobre Beronice, Higino *Poet. astr.* 2, 24, y sobre su atloforia unida a la victoria olímpica, más adelante. Sobre Cínisca habla además Pausanias 3, 15, 1, cuyo pasaje menciona un [†] especial; y Paus. 5, 12, 3, donde se trata de su ofrenda votiva de caballos de bronce; Paus. 6, 1, 2; Plutarco, *Ages.* 20.

Merece observarse que esta participación femenina en los juegos olímpicos procede exclusivamente de aquellos pueblos en los que, como entre egipcios, cirenaicos, macedonios, espartanos y rodios, las mujeres ocupaban una posición particularmente independiente; que por lo tanto ella misma constituye un fenómeno ginecocrático.

Las mujeres están sometidas en Olimpia todavía a una segunda restricción. Según Paus. 5, 13, 5, el altar de Zeus levantado a igual distancia del Pelopio y del santuario de Hera está rodeado por una crepidine que lleva el nombre de [†] —Prothisis— porque en ella se sacrifican los animales destinados a la ofrenda. Escalones de piedra llevan a esa Prothisis, y hasta el altar mismo se sube por una escalera de ceniza. Ella, como el altar mismo, está formada de la ceniza de los muslos de las víctimas quemados en la altura. En los días en que las mujeres pueden detenerse en Olimpia les está permitido subir hasta la Prothisis; más allá de ella, hasta el altar, sólo van hombres, nunca las mujeres, ni doncellas ni casadas. Del mismo modo le está prohibido a la flaminica Dialis «plus tribus gradibus scalas graecas ascendere» (Gel. 10, 15). Sobre el hogar de ceniza en el Pritaneo y el traslado de esa ceniza al altar de Zeus, Paus. 5, 15, 5; sobre su mezcla con el agua del Alfeo, 5, 13, 5; Escol. *Pínd. Ol.* 11, 58; Plut. *de def. oracc.*

41. Altares de ceniza semejantes atestiguan Paus. 5, 13, 5 para Pérgamo y para la Hera samia, y 9, 11, 5 para el Apolo Escondido tebano. Este último descansa sobre una base de piedra con el significativo nombre de [†]; con el culto va unida una adivinación por señales como en Esmirna. En la misma Olimpia tiene también Hera Olímpica un altar de sacrificios (P. 5, 14, 6), y asimismo Gea, cuyo Gayón contenía antaño un oráculo de la tierra (Paus. 5, 14, 8).

Si pasamos revista a estos informes de los antiguos sobre la relación de las mujeres con los juegos olímpicos, se destaca la oposición más notable con la ginecocracia elea y con el fundamento materno-material de los Olímpicos mismos, para el cual hemos reunido más arriba las pruebas. A la alta significación de Hipodamía, en particular, se contrapone de manera por completo extraña la exclusión de las matronas del altar de Zeus y de los juegos. Ha llegado a ser, sin duda, en consciente desviación de las condiciones gineocráticas del pueblo epeo-etolio; la magnitud del castigo, la resistencia de las mujeres macedonias y espartanas, la hostilidad contra Heracles que se enuncia en los más diversos mitos, muestra cuán hondamente se sentía todavía más tarde la contradicción. El nuevo punto de vista más alto puede atribuirse sin vacilar al influjo de Delfos. Cómo el dios pitio cuidó de la conservación y de la elevación del germen de una religión más alta, que se desprende del telurismo, depositado en Pélope y en su fiesta olímpica, frente al grado epeo-etolio, ya lo hemos demostrado con ayuda de la tradición. Por la unión de los etolios con los Heraclidas, esa conexión apolínea tuvo que alcanzar aquella preponderancia que ha encontrado su reconocimiento más alto en la veneración divina de